

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts

Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 pts

o Extranjero . . . 1'50 pts

La mujer española

Empezaremos por establecer la salvedad previa, necesaria, de que no nos dirigimos a la mujer española en general. Queremos anotar la debida diferenciación. No queremos medirlas a todas por el mismo infamante rasero. Como en todos los órdenes de la vida social española de nuestros días, existe, en este que afecta a la mujer, su correspondiente excepción. Y, fieles a la verdad, rigurosos con nuestra norma de conducta de no separarnos, en tanto nos sea posible, un ápice de ella, queremos rendir nuestro modesto pero sincero y consciente y convencido culto. Que a la verdad nos debemos en primer término.

Así, pues, al hablar de la mujer española, queremos hacerlo refiriéndonos exclusivamente a ese asqueroso tipo de la anti-pática beata española que, desde hace algún tiempo a esta parte—mejor fuera, en realidad, decir desde que la nación española existe—, no hace, como todo el mundo lo sabe, más que inmiscuirse en todos aquellos asuntos delicados de la vida social de su llamada patria, que, por eso mismo, es decir, por el fondo delicado y trascendental que encierran, debían estar absolutamente vedados. Fuera ello así, e indudablemente otro muy distinto sería el estado de esta desgraciada nación, a la que, verdaderamente, da profunda vergüenza y enorme sonrojo el pertenecer. Vergüenza da, como lo reconoce todo aquel que, despreciándose de las asquerosas telarañas del miserable misonieísmo ambiente, quiere rendir un desinteresado y noble culto a la verdad y a la sinceridad, pertenece a este miserable y antagónico conglomerado de seres inapropiamente llamados humanos, que tan pomposamente designamos con el honoroso dictado de sociedad humana y civilizada; pero esta vergüenza y este sonrojo que colora fuertemente, indeleblemente nuestras mejillas, sube de punto, elevándose súbitamente a la más excelsa situación, cuando, además de pertenecer a esta miserable humanidad que no tiene de tal más que el nombre, que tan ignominiosamente disfruta, se es parte integrante de esta porción terrestre que se conoce con el nombre de España.

En verdad que si el sentimiento patriótico—tal como se estilaba y se profesa en la actualidad,—ese mixtificado sentimiento a cuyo amparo se cometen tantos crímenes, que por haber sido realizados colectivamente hallábase fuera del radio de acción de la sanción penal—y por la miserable cobardía de todos nosotros, a salvo, también de la sanción moral de la sociedad,—nos es cada vez más odioso, más digno de execración, no vacilamos en afirmar que no encontramos palabras suficientes en el riquísimo y exuberante léxico español, para calificar debidamente, dignamente, el estado de repugnancia a que nos conduce la contemplación del mil veces infamante y degenerado patriotismo puesto en práctica por los moralistas españoles, por los exclusivos detentadores de las prerrogativas de ese que debiera ser sentimiento interno, intangible y purísimo, por las desventuradas tierras hispanas. Será porque es al que más a fondo conocemos. Sea por lo que fuere—no queremos parar mientes en disquisiciones de tan poca monta—, no podemos menos de reconocer que el patriotismo infame que tanto nos degrada es el de más baja extracción entre todos los que actualmente están contribuyendo a la ruina, a la degeneración y a la muerte, como sociedades cultas y civilizadas, de las naciones contemporáneas.

Esas mujeres, mejor dicho, esas asquerosas beatas que en estos días han removido, como suele decirse, cielo y tierra, con el fútil motivo de la proyectada ley del conde de Romanones, tendente a la no obligación de la enseñanza de la doctrina cristiana en las escuelas del Estado, nos da la medida de la raquítea y miserable constitución cultural y educativa de la mujer española de nuestros días. De esa mujer que olvidando sus sacratísimos deberes de ciudadana y de madre que vela por la educación social de sus hijos, de los futuros ciudadanos, ocúpase, con un ardor y un entusiasmo dignos de mejor causa, de empresas más nobles y elevadas, en la miserable tarea de poner cortapisas a las ansias de regeneración y de progreso que animan a la inmensa mayoría de los componentes de la nación, cuya representación se abrogan tan cínicamente las miserables hembras que tanto desdichan, con sus he-

chos, del noble ministerio que la sociedad les tiene asignado. De esa mujer que, habiendo visto impasible, con una impasibilidad que muy bien puede ser considerada como un perfecto crimen social, tantos y tantos atentados a la soberanía individual y, consiguientemente, a la soberanía social, apresúrase a salirse de sus casillas con el menor pretexto, con pretextos tan insignificantes cual el que acabamos de mencionar, sirviendo, en su piedad, de testafierro a los clericales de toda laya, a los eternos mangoneadores de la cosa pública, en fin, a los miserables obstaculizadores del progreso moral y material de los pueblos que ansian la perfectibilidad posible de los miembros de la colectividad humana. De esa mujer—nos duele profundamente el tener que llamar a la española—que habiendo visto con una criminal indiferencia la tremenda vergüenza que supone el hecho de la muerte de varios centenares de miles de hombres, lo mejor, indudablemente, de la nación, en las malditas guerras coloniales, en esas absurdas—todas lo son—guerras que constituirán eternamente un oprobioso baldón para los miserables que las urdieron, enfáscase en soliviantar los ánimos de sus miserables compañeras en degeneración, en misonieísmo y en misonieísmo, pretendiendo salvar los fueros de una religión que dicen defender, pero que son las primeras en bastardear y degenerar, al extremo de hacerla profundamente aborrecible—si ya no lo fuera—a todo ser dotado de la preciosa y preciosa condición del raciocinio. De esa mujer que haciéndose completamente sorda—que ya es el colmo de la sordera— a las insistentes y jamás interrumpidas aspiraciones progresivas del proletariado, no solamente de su patria, sino también de todas las patrias habidas y por haber, pues es perfectamente universal el alcance del conflicto social que veinte siglos de asqueroso aherrajamiento moral y material producido por las malditas religiones no han sabido ni sabrán, no han podido ni podrán solucionar, presta atención, en cambio, a ese nimio asunto de la enseñanza de una doctrina religiosa que habiendo durado largos siglos—todo el tiempo que ha predominado la imbecilidad humana—muere por verdadera consunción, por falta de vitalidad, por carencia absoluta de medios para la solución del magno problema social, objeto primordial de su existencia y base fundamental de su constitución, al decir de sus engendradores y de sus continuadores, los perversos entenebrecedores de la conciencia humana. Esa maldita religión, de la que el maestro Proudhon nos ha trazado, en su hermosa obra «La moral de las ideas» esta acabada semblanza:

El pueblo necesita una religión—se dice;—es preciso dársela a cualquier precio; y ¿por qué el pueblo necesita una religión? Porque es menester que el pueblo, que no lleva la mejor parte y que debe servir, aprenda por la religión a estar contento de su servidumbre. He aquí el secreto de toda esa algarabía.

Este es, pues, el degradante espectáculo que nos da constantemente ese repulsivo tipo de la beata española. Si queremos que desaparezca, si deseamos que no continúe desahurrándonos por más tiempo, educémosla. Iniciémosla en las prácticas de la sociabilidad. Hagámosla comprender que no es esa su misión. Inculquémosle en su alma y en su conciencia el verdadero sentimiento humanista que debe inspirar a la mujer moderna, a la mujer que, como parte integrante que es de la colectividad social, hallase moralmente obligada a prestar preferente atención a todo lo relacionado con la vida social, en consonancia con el progreso alcanzado por la humana especie. Hagámosla ver que por el camino que la señalan el clericalismo y el misonieísmo, que tan fuertemente la tienen asida, no camina más que a su ruina, y a la de la comunidad que tiene puestas en ella todas sus legítimas esperanzas. Invitémosla, con nuestro ejemplo, con nuestro amor sin límites y nuestra depurada educación cívica, a caminar, identificada con nosotros en cuerpo y alma, en pos del progreso. Que con todo ello habremos de conseguir invalidarla por completo para su seguimiento tras de las engañosas asechanzas de una religión perfectamente inmoral, de una religión que, con la mentira y el error, no ha hecho más que obstaculizar la redención

del género humano. Desterrando de ella las prácticas de una religión absurda, de una religión que nada práctico y duradero puede proporcionar, harémosla profesar una nueva religión, la única religión compatible con la dignidad humana, que es la verdadera religión del amor, la religión universal que desterrando de sus dominios las absurdas desigualdades sobre las que se han cimentado todas las demás, acoja bajo su manto sagrado con igual ternura, con idéntico amor a cuantos responden al hermoso nombre de seres humanos. Y no dudemos que ella, con su reconocido tacto, con su especial discreción, sabrá lanzarse en brazos de la más halagadora y la más factible de ambas proposiciones.

Y, por nuestra parte, no olvidemos que no toda la culpa es suya. Reconozcamos nuestra grandísima participación en la creación de ese repugnante tipo a que venimos refiriéndonos. Y no olvidemos tampoco que de nosotros depende, principalmente, su desaparición. Educemos... Educemos...

Eduquemos a la mujer, teniendo presentes estas hermosas palabras pronunciadas por Augusto Hebel en su hermoso y famoso estudio «La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir»:

La mujer también se ve compelida a no quedarse atrás en la lucha, en que se combatirá por su propia libertad y eman-

El hombre íntegro

La verdadera sociedad, no es por su esencia y no debe ser de hecho, más que la organización de la fraternidad. Toda otra institución política, sea cual fuere su forma, encierra algo de funesto y de ilegítimo: de ilegítimo porque necesariamente viola derechos imprescriptibles; de funesto porque violando ataca las bases mismas del orden.

El establo donde comen y duermen las bestias de labor no es una patria. Si, bajo cualquier tutela, permítas que entre los miembros esencialmente iguales de la comunidad se creen categorías, clases investidas de ciertas categorías, con exclusión del resto del pueblo, sancionáis la criminal usurpación en virtud de la cual se abrogan el derecho de establecer ciertas categorías, sacrificáis cobardemente vuestro propio derecho y el de vuestros hermanos; renunciáis para ellos y para vosotros a la cualidad de hombres.

El patriotismo exclusivo, que no es más que el egoísmo de los pueblos, no tiene menos fatales consecuencias que el egoísmo individual: aísla, divide los habitantes de los diversos países y los excita a perjudicarse en vez de defenderse. ¿Qué hay de más opuesto a la Naturaleza y a su ley que el nombre de extranjero? ¿No somos todos hermanos? ¿Y cómo el hermano será extranjero al hermano!

Nuestro amor como nuestro afecto, ciego, caduco e imperfecto, se asusta y desfallece a cada instante, si no tiene por objetivo el género humano. Unidad definitiva y completa, en la que se coordinan todos los esfuerzos; esto es el hombre mismo en la plenitud de su ser inmortal.

LAMENNAIS

Las Religiones

Un pensador español, que escribía a principios del siglo XVII, decía en una de sus obras, partiendo del principio de que la verdad ha de ser una: «¡Ay de la religión, cuando a un lado están los sacerdotes y al otro los filósofos! No la palabra de Jesús, sino la de la filosofía, mató el antiguo paganismo». Este pensador era católico, era, además, jesuita; llamábase el P. Juan de Mariana. Sus palabras que eran en cierto modo un grito de alarma y de terror, producido por el divorcio que había empezado a efectuarse ya entre la Universidad y la Iglesia! ¿Qué verdad tan incontestable no contienen! Ve el Egipto viviendo por espacio de cuarenta siglos a la sombra de unos mismos dioses, cuando tuvo la ciencia en él otros órganos que los sacerdotes? Se tradujo a los ojos del pueblo en geroglíficos; estuvo siempre identificado con la religión, envuelta en las mismas nebulas y misterios. El brahmanismo domina hoy, por igual razón, en gran parte de la India, como en los tiempos de Alejandro; el mahometismo en Oriente y Mediodía, como en la época de los primeros emires y califas. ¿Cómo, empero, había de resistir el paganismo a la acción de los sistemas de Platón y Sócrates, ni de Zoroáster y Séneca, si esos sistemas le negaban y tenían en su favor a todas las grandes inteligencias y a todos los hombres pensadores?

Cuando inútil decir si el cristianismo se halla en este caso. La ciencia, no sólo se ha extendido entre nosotros fuera del recinto del templo; ha abandonado el templo mismo, dejándole sumergido en una obscuridad profunda. Ha rechazado su base religiosa y negado todo, hasta que la revelación fuese

posible. A ella le toca demostrar que ha comprendido cuál era su verdadero puesto en las fermentaciones y luchas del presente, en perspectiva de mejor porvenir, y que se encuentra resuelta a tomar parte en ellas; y al hombre, el sostenerla en la lucha y ayudarla a despojarse de las dañinas preocupaciones. Que ninguno desprecie sus energías; que nadie crea que importa poco una persona más o menos; para el progreso de la humanidad no debe perderse ninguna fuerza, por débil que sea. La continua caída de la gota de agua sobre la piedra acaba por taladrarla; muchas gotas hacen un arroyo, muchos arroyos el río, que nada detiene en su majestuoso curso. Lo mismo sucede con la vida intelectual de la humanidad, y la naturaleza nos da lecciones a cada momento. Obremos según sus enseñanzas y no nos faltará la final victoria.

Seamos, pues, hombres, para que las mujeres, por nosotros educadas, sean verdaderas mujeres. Únicamente de esta manera conseguiremos extirpar el tremendo cáncer de la beatería, para dar vida al más depurado civismo. La beata será suplantada definitivamente por la mujer y ésta ocupará el lugar honroso que en la sociedad le corresponde por derecho.

JUAN ECHAZARRETA

posible. Ha partido, no ya de Dios, sino del hombre, a quien ha considerado por fin como origen de toda realidad, fuente de toda certidumbre, raíz de todo derecho, conciencia de ese mismo Dios que buscamos antes fuera del mundo fenomenal y aun del mundo inteligible. Si no ha llegado hasta la negación del ser que es, ha llegado por lo menos a cambiarle de lugar y a despojarle de sus antiguos atributos. Mayor antagonismo entre la ciencia y la religión estoy en que no cabe.

Amenazada la Iglesia, no ha dejado de hacer algún esfuerzo para contrarrestar los efectos de rival tan formidable, mas ha debido comprender que con sus propias manos cavaba su sepulcro, y ha impuesto silencio a sus más celosos defensores.

¿Queréis conciliar la razón y la fe, les ha dicho, y os estáis hiriendo por vuestros mismos filos. La fe que razona deja de ser fe; la fe no tiene otro apoyo que la palabra de Dios, escrita en las páginas de los libros santos. Contra el ímpio que empieza por negar la base de nuestra religión, no tenemos más que el anatema.

Y han callado todos, o se han separado abiertamente de la Iglesia, éstos pasándose con armas y banderas a los disidentes, aquellos volviendo a encerrarse en la letra muerta de las Escrituras.

¿No os dice tampoco nada en favor de la más o menos próxima desaparición del cristianismo esa larga y marcadísima discordia, ese obligado silencio de la Iglesia ante los embates de la filosofía y de la crítica, ese reconocimiento de que la razón y la fe son de todo punto inconciliables?

Las religiones, en general, no son más que un punto de partida para la razón del hombre. No contienen nada decidido, nada claro, nada elevado al terreno de la alta abstracción de la teoría. Se sirven para su expresión del símbolo, de la parábola, del lenguaje figurado, de todo lo que puede impresionar la imaginación y los sentidos; rara vez, casi nunca, del lenguaje propio de la ciencia.

Y es—como dice Kreuzer, refiriéndose a la antigua mitología—no porque crean deber usar de este lenguaje, sino porque no pueden usar otro, atendido el estado de la razón de aquellos tiempos.

La humanidad en su infancia no sabe concebir una idea que no le dé el instante forma, es decir, que no la materialice en un objeto. Jesucristo vino al mundo en una edad histórica mucho más adelantada; mas no por esto dejó de encerrar su pensamiento bajo el sello del enigma.

Habló casi siempre en apólogo; no formuló nunca de una manera bien precisa y determinada su sistema. Vertió allí y acá sus ideas según le fueron inspirando las circunstancias del momento; jamás se detuvo en explicar la relación que la una ni la razón de donde derivaban. Reveló aspiraciones a grandes reformas, pero no enseñó la manera de realizarlas; se limitó a enunciarlas y a darnos cuando más la base. Sentó principios, sin indicar siquiera las más naturales e inmediatas consecuencias. Transó contra los abusos de la sociedad, y nos dió por toda palanca revolucionaria la caridad, un mero sentimiento. Tenemos para juzgarle el Evangelio y desafío a que se me diga si hay en este libro elementos para constituir ni una sociedad política, ni una teoría filosófica, ni una religión completa. La Iglesia, para hacer de él un todo lógico, ha debido estudiar y discutir durante siglos.

PI Y MARGALL

(De Reacción y Evolución).

ORIENTE Y OCCIDENTE

Vuelta a la barbarie

Todas las sociedades que se agitan como tribus salvajes y han adquirido alguna estructura política, esas naciones que han llegado a ser grandes esquilmando a las naciones vecinas, demuestran que, como ha sido dicho muy alto, el carácter fundamental de los pueblos combatientes es la dominación del hombre al hombre, del grupo al grupo.

La subordinación graduada, que es el método de organización de fuerza degenera poco a poco el método de organización civil, allí donde fuerza es crónica; y allí donde el militarismo no es crónico, la parte civil degenera poco más o menos, en una comisaría, que provee las necesidades de la parte de la fuerza y es poco sujeta a la misma disciplina. En otra, los hechos familiares prueban que la aparición de estos tipos bárbaros de sociedades desentrevistas en un barbarismo crónico, amenaza una argumentación de esta subordinación graduada, y el resultado, como en la vida de los últimos siglos, es una disminución de libertad.

Y aquí es bueno hacer notar que allí donde las actividades de la fuerza han estado pendientes largo tiempo y menos pronunciadas, las instituciones civiles libres nacen más pronto y progresan con más ventaja.

Un corolario evidente es el carácter fundamental del proceso de vuelta a la barbarie por la subordinación graduada.

Consideremos los hechos.

Los Estados Unidos nos presentan un ejemplo muy apropiado, desde que han aparecido los *bosses*—el *boss* es el hombre que dirige las elecciones,—al que obedecen los grupos de delegados que son considerados como una autoridad que se extiende por los estados, al punto que hombres como Platt, de Hanna, de Croker, determinan las elecciones municipales y centrales.

La convención formada de delegados que son considerados representantes de la voluntad de sus localidades respectivas, provienen de cuerpos que registran pura y simplemente la decisión certera de ciertos jefes que aparentan aconsejar, pero que en realidad mandan.

Y este sistema sumerge completamente la tradición de la libertad individual y hoy día de la afirmación de esa libertad proviene el motivo de descrédito, y el ciudadano independiente que se encuentra aquí o allá y que no quiere ceder su derecho de integridad personal, recibe un calificativo despectivo.

En Inglaterra el *caucus*—reunión privada para elegir el candidato en las elecciones, el partido radical,—que no dominan aun completamente al individuo, están no obstante desposeídos de la verdadera libertad individual ordenada por el *bill* de reforma. Entonces la iniciativa de cada ciudadano aunque no fuera el elector tenía el mismo efecto. Ahora los directores que gobiernan cada colegio electoral, toman una decisión muy enigmática y un poco humillante para la libertad de todos.

Al mismo tiempo que en Occidente parece que renuncia a tomar en serio nuestros principios por parecerles de un escepticismo irónico, de un rebajamiento desesperado y cínico admirar los principios de Revolución y de la declaración de los derechos del hombre; al mismo tiempo que en Occidente tratan de pura ficción verbal aquellas cosas por las cuales han sido víctimas tantos hombres y se ha derramado tanta sangre, Oriente, el antiguo e inmóvil Oriente, toma en serio esos mismos principios y ensayan de fundarlos entre ellos, para recobrar su libertad y garantizar su independencia. Se ve en Persia ese movimiento general que aun se conoce demasiado poco en sus detalles en Occidente, por los cuáles Persia ha tratado a la vez de sacudir el yugo del despotismo, formarse en Estado representativo digno de su pasada grandeza; pero, este movimiento ha sido sofocado por la complicidad de Inglaterra y Rusia, y ha pasado este acto tan escandaloso como deplorable, en esa Inglaterra que en otro tiempo bajo Palmerston, se honraba que ella fundaba en la razón y en el progreso sus intervenciones y considerando siempre el interés de todas las naciones; se honraba, en fin, en intervenir constantemente, para dar consejos, en los asuntos de Italia, en los asuntos de Grecia, en los asuntos de Oriente, pero siempre—según ellos,—aun provecho de los partidos de reforma y progreso; en esa Inglaterra que si se podía creer que fundaba su honor en los precedentes seculares de su política de protección, en su política interna se ha visto el partido liberal temblando, pero subyugado por Edwar Grey, renunciar a todo su pasado para prestar su mano a la inmolación de la Persia por la Rusia zarina.

Y en la hora presente, la China... Si, hemos creído que era una nación condenada a estar eternamente como una momia, en su fanatismo del imperio del medio ambiente caduco y cristalizado; hemos visto como ella también se rebela, se alza de su postulación, empezando por deshacerse de la dinastía extranjera de los *Mandchou* domi-